

9 de enero de 2023 - Fiesta del Bautismo del Señor

[Is 42:1-4, 6-7; o Hch 10:34-38; Mt 3:13-17](#)

### Homilía

Los momentos más importantes de un viaje son aquellos en los que se llega a una encrucijada. Estos son los momentos en los que tenemos que tomar las decisiones más importantes sobre nuestro viaje. Estos son realmente los momentos en los que es esencial saber hacia dónde queremos y necesitamos ir.

En el Evangelio de hoy se encuentran dos personas, ambas en una encrucijada, y en varios sentidos de la palabra:

**Geográficamente**, en primer lugar: el lugar donde se encuentran a lo largo del río Jordán, cerca de Jericó, es el punto más bajo del planeta, casi cien metros por debajo del nivel del mar. Es el lugar donde terminan el camino de Jerusalén y el de Galilea. Estos caminos ya no llevan a ninguna parte.

También **espiritualmente**, este lugar es una encrucijada. Aquí, cerca, se encuentra el asentamiento monástico de Qumrán: una secta que se ha desvinculado de la liturgia de Israel y vive al margen del Pueblo de Dios, a la espera del Maestro de Justicia que restaure el reinado político de David y la liturgia legítima del Templo; una secta que alimenta una tradición que no conduce a ninguna parte.

**Personalmente** al final. Y en este sentido, las dos personas implicadas -Jesús y Juan el Bautista- tienen mucho en común.

Juan el Bautista es un marginal. Pertenecía a una familia sacerdotal y desde su infancia estuvo destinado al Templo. En algún momento abandonó el servicio sacerdotal y tomó el camino del desierto. Un camino que no lleva a ninguna parte. Allí, en la soledad, donde no había camino, el Camino vino a él.

También Jesús se encontraba en una encrucijada. Había crecido en una familia judía tradicional de la conservadora Galilea del Reino del Norte. Había recibido su formación religiosa en la sinagoga local y tenía la costumbre de hacer la peregrinación anual al Templo de Jerusalén con sus padres. Entonces, inesperadamente, cuando tenía unos 30 años, abandonó su Galilea, se separó de su familia (algunos de los cuales vendrían un día a buscarlo para llevárselo a casa, porque pensaban que había perdido la cabeza). También él ha tomado el camino del desierto, donde recibe el bautismo de Juan.

El camino que tomó no llevaba a ninguna parte. Pero al tomarla fue capaz de conducir a los seres humanos hacia sí mismos. Escuchando la voz del Padre que atronaba en el silencio de aquella soledad: "Tú eres mi hijo amado", descubrió el camino hacia su corazón, recibió en su psique humana la revelación de que Él era el Camino. A partir de ese momento, todo cambió -cambió radicalmente- para él, para nosotros, para todos los humanos.

La mayoría de la gente entra en la historia al revés, mirando a su pasado. El mito del paraíso perdido y la tentación de volver a él han asolado todas las tradiciones religiosas a lo largo de los siglos. Mirar hacia delante requiere más audacia y compromiso. Se trata de afrontar la historia mirando hacia delante, hacia algo que, en relación con el tiempo, aún no existe, pero que, en relación con la eternidad, ya determina nuestra identidad.

Tanto Jesús como Juan caminaban hacia el futuro, mirando hacia delante.

Según Arnold Toynbee, los seres humanos pueden dividirse en dos grupos, a los que llama zelotes y herodianos. Los zelotes son los que intentan comprender su presente a la luz de su pasado. Los herodianos son los que intentan construir su presente a la luz de su futuro ya percibido.

Jesús y Juan eran ciertamente "herodianos" en este sentido. Y eso es lo que nosotros también estamos llamados a ser.

La sangre de Cristo, en la que hemos sido bautizados y que recibiremos en la Eucaristía, es el punto fijo donde terminan todos los caminos. Es el lugar donde nuestro encuentro personal con Jesús puede ser alcanzado por el Espíritu Santo, como le ocurrió a Jesús, y donde también nosotros podemos oír la voz del Padre que nos dice una vez más que somos sus hijos e hijas.

Y sea cual sea el camino que nos ha llevado hasta allí, con sus alegrías y sus dolores, con sus gracias y sus heridas, siguiendo una línea recta o por senderos tortuosos, es aquí donde podemos encontrar el encuentro que puede curarnos de toda herida y dar sentido a nuestro presente y a nuestro futuro. Por eso damos gracias a Dios en esta Eucaristía.